

LAS LÍNEAS DE NAZCA. DESAFÍO DESDE EL PASADO

El desierto de Nazca es una inmensa extensión árida atrapada entre el océano Pacífico y las estribaciones occidentales de los Andes al sur del Perú. Nadie, absolutamente nadie habría afirmado hace cien años que en esa gran planicie desértica se encontrase nada de interés, pero sorpresivamente se ha convertido en el escenario de uno de los descubrimientos arqueológicos más deslumbrantes del siglo XX. En su inmensa superficie se descubrieron a finales de la década de los veinte unos inmensos grabados sobre la superficie terrestre, como si se hubiese usado el suelo del desierto a modo de un gigantesco lienzo en el que un pintor desconocido había representado con consumada perfección formas geométricas, complejos diagramas lineales, figuras animales e incluso representaciones humanas. Todos ellos de unas dimensiones colosales, verdaderamente sobrehumanas. Inmediatamente los estudiosos de todo el mundo se pusieron manos a la obra para explorar la zona e intentar desentrañar el misterio del significado de aquellos dibujos y de sus autores, de los que se desconocía prácticamente todo. Décadas después, las líneas de Nazca continúan escurriéndose a las interpretaciones de los expertos de todas las disciplinas que se han acercado a ellas: arqueólogos, matemáticos, astrónomos, historiadores... la lista es interminable. Incluso especialistas de disciplinas no académicas, como parapsicólogos y ufólogos, han hecho de este desierto peruano uno de sus laboratorios predilectos para poner a prueba todo tipo de teorías. Ninguno de ellos ha podido resistirse a intentar aportar algo de luz a la cuestión. Pero acercarse a Nazca es acercarse a uno de los interrogantes más importantes de la arqueología del siglo XX, que todavía hoy sigue poniendo a prueba el intelecto del género humano a la búsqueda de una solución.

En el sur de Perú, a unos 450 kilómetros de Lima, se encuentra la pequeña población de Nazca (o Nasca, como la llaman sus habitantes). Hoy día la localidad es uno de los centros de peregrinación turística más animados del país, adonde acuden diariamente cientos de personas de todo el mundo para intentar contemplar una de las expresiones artísticas más desconcertantes de todos los tiempos. Entre los viajeros que acuden a este apartado rincón del planeta se encuentran multitud de científicos de disciplinas tan dispares como la física y la arqueología, así como muchos seguidores de la espiritualidad *new age* y el esoterismo, deseosos de encontrar una experiencia mística de comunión con la sabiduría ancestral de un pueblo precolombino del que se conoce muy poco. El foco de esta atención no está en la población, sino en las extensiones desérticas que se encuentran a pocos kilómetros al oeste de ella. Allí se encuentran las célebres Líneas de Nazca, unos gigantes diagramas realizados en el suelo desértico que llevan allí siglos, aunque han permanecido muchos de ellos ocultos a la mirada del hombre corriente. En un giro trágico del destino este lugar pasó del más absoluto olvido a la fama internacional gracias a un hallazgo quizá fortuito, pero que no se podría haber producido con anterioridad. Un descubrimiento que necesitó de la moderna tecnología industrial para salir a la luz.

EL PASADO A VISTA DE PÁJARO

En 1927 el arqueólogo peruano Toribio Mejía Xesspe, que trabajaba con el eminente Julio César Tello (que hoy está considerado como el padre de la arqueología peruana) recorría los valles aluviales de los Andes del sur de Perú en busca de posibles emplazamientos para futuras misiones arqueológicas. Mejía y Tello se encontraban

inmersos en una gran campaña para explorar el país en busca de yacimientos que permitiesen documentar mejor las culturas prehispánicas anteriores al Imperio Inca, ya que se sabía menos de ellas y sospechaban que su conocimiento era indispensable para arrojar luz a algunos de los misterios que todavía escondía aquella gran civilización. Mejía llegó a Nazca en una misión de exploración cuyo objetivo principal eran las estribaciones de la gran cadena montañosa, pero allí reparó en una anomalía situada no hacia las montañas, sino hacia el gran desierto que separaba el lugar del océano: observando desde cierta altura se apreciaban grandes líneas en la superficie terrestre y lo que parecían ser grandes pistas de terreno despejado que a la fuerza tenían que haber sido fruto de actividad humana.

Con anterioridad a la llegada de Mejía sólo los descubridores españoles se habían percatado de la presencia de estos diseños. El conquistador español Pedro Cieza de León, que publicó una *Crónica del Perú* en 1553, mencionaba que en la región de Nazca había señales trazadas en el suelo, marcas realizadas por los pueblos anteriores a la conquista que resultaban visibles desde las elevaciones cercanas. Poco después, en 1586, Luis Monzón (el corregidor de las provincias de Rucanas y Soras) apuntó que aquellos trazados debían haber servido como carreteras. Pero no fue hasta cuatro siglos más tarde cuando se pudo apreciar la auténtica dimensión de lo que había grabado en el suelo del desierto. Tras percatarse Mejía de lo mismo que Cieza casi cuatrocientos años antes, fue el uso de la exploración aérea lo que abrió sus ojos y los del mundo. Desde el aire se podía avistar sin dificultad la vasta superficie de ciento cincuenta kilómetros cuadrados en los que han aparecido marcas, aunque la mayoría de los dibujos se concentran en apenas veinte kilómetros cuadrados. No fue hasta la llegada en 1939 de un nuevo investigador, el norteamericano Paul Kosok, de la Universidad de Long Island (Nueva York), cuando se usó el método de la fotografía aérea de forma sistemática para poner orden en el sinfín de información que se estaba recopilando. Kosok se había desplazado a Perú para investigar la hidrología y los sistemas de irrigación de los pueblos precolombinos del área andina, especialmente en los valles de Ica, Palpa y Nazca.

Pero, como le había pasado antes a Mejía, pronto su atención se centró en las líneas del desierto. Había miles de líneas rectas trazadas en el suelo desértico, algunas formando diseños intrincados, diagramas de proporciones extrañas pero muy exactas ya a simple vista. La magnitud de algunas de éstas formas era colosal, la línea recta más larga se extendía a lo largo de catorce kilómetros. También había ejemplos de espirales y líneas en zig-zag de una complejidad variable: mientras que algunas eran muy sencillas otras parecían auténticos laberintos. Un segundo grupo de trazados fruto de la acción humana eran espacios geométricos (triángulos, rectángulos o trapecios) de un rigor matemático asombroso y grandes dimensiones, que habían sido limpiados concienzudamente y formaban una suerte de pistas que podían alcanzar dimensiones impresionantes: el llamado Gran Rectángulo tiene 850 metros de longitud por 110 de anchura. Por fin se encontraron las más enigmáticas y fascinantes de todas las representaciones, las figurativas, que representaban imágenes tanto animales como humanas y que sólo se podían ver completamente desde el aire. Fueron apareciendo ante los ojos de los investigadores dibujos de un mono, un perro, un cóndor, un pelicano, una garza, un colibrí, un cachalote, una ballena, una orca, un lagarto, una araña... También se localizó una figura humanoide en la ladera de un cerro y la imagen de lo que parecían ser unas manos humanas extendidas... así hasta contabilizar casi setenta figuras. La mayoría de éstas se encontraban asociadas a alguna de las pistas mencionadas

anteriormente. Sus dimensiones eran igualmente sorprendentes: mientras que el llamado Gran Colibrí tiene 97 metros de largo ¡el pelicano llega a los 285 metros! Todos estos gigantescos dibujos recibieron el nombre de *geoglifos* (literalmente del griego: grabado o cincelado en la tierra) y con posterioridad a los primeros años de la exploración aérea se han descubierto nuevos ejemplos en el desierto de Nazca, la última vez a comienzos de 2011.

Kosok unió sus esfuerzos en 1946 a la que se convirtió en una de las personalidades señeras en la investigación de las líneas de Nazca, la matemática alemana Maria Reiche, que dedicó cincuenta años de su vida al estudio y preservación del legado arqueológico del desierto de Nazca. Kosok y Reiche colaboraron durante tres años, ya que el norteamericano regresó a su país en 1949, mientras que la alemana continuó trabajando sobre el terreno en el enigma de los grabados. Uno de los primeros objetivos de los arqueólogos fue determinar la antigüedad exacta de los geoglifos, tarea que no parecía sencilla, a lo que se sumaba otra cuestión no menos inquietante ¿Cómo podían haber sobrevivido aquellos trazos en el suelo durante siglos sin que desapareciesen como efecto de la acción del clima o la erosión?

LEYENDO EL SUELO DESÉRTICO

La respuesta al enigma de la perduración de los geoglifos se halló en el entorno natural del desierto. Las extremas condiciones climáticas del terreno hacen que el desierto de Nazca sea como un papel en el que la acción del hombre sobre la superficie terrestre es prácticamente permanente a no ser que otro ser humano intervenga para borrarla. La superficie del suelo está compuesta por una primera capa de arena y guijarros ricos en hierro que se oxida en contacto con el aire, lo que le da un color rojizo oscuro. Por debajo, a pocos centímetros de la superficie, se encuentra una capa caliza rica en yeso más resistente, por lo que los dibujos se hacían retirando la primera capa roja y dejando la segunda al descubierto, que se endurecía al contacto con la atmósfera y adquiría una tonalidad amarillenta. La práctica inexistencia de precipitaciones y de vientos fuertes ha hecho que los dibujos quedasen inalterados por muchos siglos, en lo que constituye un inmenso golpe de suerte para el patrimonio arqueológico mundial.

Datar los dibujos era algo bastante más complicado. A vista de pájaro se apreciaba el majestuoso espectáculo de los geoglifos, pero ponerse a trabajar sobre el terreno en el desierto brindaba una expectativa poco halagüeña. Sin embargo el duro día a día fue dando pequeñas recompensas a los investigadores que desarrollaban su trabajo en unas condiciones extremas. La acción del hombre había dejado huellas en el desierto, más allá de los magníficos dibujos, como abundantes (y pequeños) fragmentos cerámicos y elementos usados presumiblemente para trazar los dibujos en el suelo, como estacas de madera y pequeños montículos artificiales. Los arqueólogos pudieron poner en relación estos hallazgos con los de los yacimientos que se fueron descubriendo en los valles cercanos de las estribaciones de los Andes. Allí, al tiempo que se trabajaba en el desierto, se descubrió una antigua civilización que precisamente fue bautizada como cultura Nazca, puesto que sus principales asentamientos se documentan en el valle homónimo. Dicha cultura floreció entre los siglos II y VI d.C. y junto a las culturas mochica y de Tiahuanaco constituye lo que los arqueólogos han llamado período clásico de las civilizaciones andinas precolombinas. En sus principales yacimientos fueron apareciendo restos cerámicos similares a los del desierto, y en las tumbas se

descubrieron impresionantes tejidos ricamente decorados con motivos que en muchos casos recordaban a los geoglifos. Poco a poco iban emergiendo piezas del puzzle que podían ir dando pistas sobre el significado de los dibujos.

Pero para empezar la información arqueológica rescatada permitía confirmar que los dibujos se podían datar en el momento de florecimiento de la cultura Nazca. De hecho, la mayoría de los arqueólogos sostienen que las líneas se debieron trazar durante un período muy largo de tiempo, siendo usadas y mantenidas generación tras generación. Así se podría explicar, por ejemplo, que algunos dibujos (sobre todo los motivos geométricos) se superpusiesen unos sobre otros, ya que las necesidades de un determinado momento podían diferir de las del anterior y así se tendría que hacer nuevos dibujos en una misma zona. Sin embargo todavía había que averiguar la forma en que los antiguos indígenas pudieron trazar estos complicados dibujos. Maria Reiche estudió minuciosamente cómo se había intervenido en el suelo desértico para realizar los grabados. Como no se habían encontrado restos de artilugios de madera ni restos óseos de animales que indicasen la utilización de ganado, carros o cualquier otra maquinaria en la tarea, dedujo que el trabajo de limpieza del terreno se tuvo que hacer a mano. Para ello se debieron emplear partidas de hombres dedicadas a eliminar de la superficie cualquier piedra o roca y a transportarlos fuera del área de dibujo. Descubrió además que en el terreno se habían dejado pequeños montones equidistantes de piedras retiradas, de modo que en la observación desde el aire parece que la superficie terrestre está moteada de puntos oscuros. Asimismo observó que los bordes de las pistas (que algunos arqueólogos también llamaban “plazas”) estaban delimitados por pequeños montones de piedras dispuestas linealmente, a modo de cercas o tapias de pocos centímetros. Estas acumulaciones de material, como el trazado de los propios bordes, conservaban siempre la perspectiva y respetaban una precisión geométrica impecable.

La propia Reiche realizó varios experimentos de recogida y disposición del material terrestre como pensaba que habrían hecho los antiguos indígenas, y dedujo que las pistas o plazas de mayor tamaño debieron ocupar a trescientos obreros durante dos meses. Esto daba una idea del nivel de desarrollo que había alcanzado la cultura de Nazca, ya que una sociedad que era capaz de desviar el trabajo de semejante cantidad de hombres durante tanto tiempo tenía que haber llegado a un desarrollo económico considerable. A partir de los restos de estacas de madera Reiche dedujo que las tapias y las líneas en sí debían haberse realizado mediante el tendido de cordeles entre dos estacas. Sin embargo, la exactitud matemática y geométrica del trazado constituyen un auténtico reto para los investigadores. Se ha calculado que el margen de error en el trazado de las líneas es menor a un dos por mil... son líneas perfectamente rectas. Reiche observó que a ambos lados de las líneas se había realizado otras más tenues por acumulación de guijarros y siempre se habían realizado pequeños montículos de piedras cada cierta distancia. Dedujo que el material pedregoso que se limpiaba para realizar las líneas era escrupulosamente depositado en sus márgenes y que los pequeños montículos se realizaban para que la cuerda no se desviase a medida que aumentaba la distancia del punto de origen.

Las conclusiones de la investigadora alemana no fueron unánimemente acogidas por la comunidad científica. Algunos investigadores no estaban de acuerdo con sus teorías, aunque la solidez de su trabajo de campo era un factor que siempre habló en su favor. Sin embargo, había un interrogante al que no se había dado respuesta todavía: cómo se podía haber realizado en época precolombina diseños de kilómetros de

envergadura con una maestría implacable y sin poder tomar altura para comprobar cómo estaba quedando el trabajo. La complejidad de los diseños y la seguridad en su ejecución seguían siendo algo que desconcertaba por completo a los especialistas. La teoría de Reiche al respecto se basaba en la existencia de un método para la realización de las figuras, consistente en transponer a gran tamaño un diseño realizado previamente a pequeña escala mediante el método de reducción al cuadrado, cuyo empleo se había documentado en la Antigüedad, en la realización de las grandes obras del Egipto faraónico, por ejemplo. El medio para trazar este diseño preconcebido en el suelo del desierto era mediante la utilización de estacas y cuerdas que permitían mantener el trazado de las líneas rectas e incluso de las curvas, al poder usarse a modo de compás.

Pero hubo quien fue más allá en sus postulados. ¿Y si los indios de Nazca hubiesen podido volar? Los norteamericanos Jim Woodman y Julian Knott propusieron en 1975 que los indígenas de la cultura Nazca tenían los conocimientos técnicos suficientes para realizar aparatos aerostáticos que permitiesen el vuelo, poder ver las grandes figuras desde el aire y supervisar así su realización. En 1976 elaboraron un globo, el *Cóndor*, con textiles y materiales similares a los encontrados en los yacimientos de la cultura Nazca, y efectuaron con éxito un breve vuelo sobre los geoglifos que, pese a su repercusión mediática, no tuvo gran eco entre los especialistas. Tampoco las propuestas de Reiche fueron universalmente admitidas por la comunidad científica, aunque como en el resto de sus propuestas, la solidez de su trabajo obliga hoy en día a los investigadores a tenerlas en cuenta. Pero todavía quedaban preguntas por responder, y no eran éstas las menos importantes. Al fin y al cabo, aparte del misterio de la posibilidad física de realización de las líneas su significado global seguía siendo un misterio rotundo. Ya se sabía algo de cuándo se habían trazado e incluso parecía saberse quiénes lo habían hecho, pero ¿por qué? ¿para qué? ¿Cuál es el mensaje que encierran estas maravillas grabadas en el suelo desde hace cientos de años?

DESCIFRANDO SEÑALES DE UNA ANTIGUA SABIDURÍA

Los interrogantes sobre la finalidad y el significado de las líneas de Nazca han sido dos de las cuestiones esenciales que han movido a cientos de especialistas de todas las disciplinas a interesarse por esta chocante manifestación artística de las culturas precolombinas del área andina. Su descubridor, Mejía Xesspe, les dedicó parte de su atención y aventuró una primera interpretación basándose en sus impresiones y en su profundo conocimiento de dichas culturas. Para el eminente arqueólogo peruano las líneas tenían un claro sentido religioso, consideraba que sus complejos trazados tenían un sentido viario y ritual, siendo algo así como una red de caminos por los que sus creadores transitaban en actos de veneración a sus dioses. Aunque Mejía no desarrolló esta teoría, ya que dedicó su trabajo posterior a otras civilizaciones andinas, su primera interpretación avanzó algunas de las líneas que posteriormente serían retomadas por otros estudiosos.

La primera interpretación global de las líneas provino del trabajo conjunto de Kosok y Reiche a finales de la década de los cuarenta. Como recuerda el historiador del arte Henri Stierlin el trabajo conjunto de ambos especialistas se basó en “la impresión de que aquellos signos estaban relacionados con el calendario. Las figuras animales repartidas por el suelo evocan la imagen de un gigantesco zodiaco... las líneas, los triángulos y los trapecios constituyen elementos para visualizaciones astronómicas”.

Ambos investigadores centraron su trabajo en estudiar la relación de las líneas con los puntos de salida y ocaso de importantes estrellas, planetas y constelaciones para comprobar si los geoglifos eran un instrumento de observación astronómica. Para ello tuvieron en cuenta la importancia de determinadas fechas en el calendario astronómico (como los solsticios y los equinoccios) así como otras esenciales en el calendario agrícola andino, como el 6 de mayo, fecha del comienzo de recolección de las cosechas. Ambos investigadores publicaron años más tarde sus conclusiones y, como recuerda Stierlin, llegaron a la conclusión de que “las líneas son «el mayor libro de astronomía del mundo» y representan «el más fantástico calendario de la Antigüedad»”. Las líneas serían así un calendario astronómico que respondería a la necesidad de prever con precisión el comienzo de las estaciones y las cosechas; y que algunos de los dibujos eran representaciones terrestres muy elaboradas de constelaciones. El mono estaría así relacionado con la Osa Mayor y la araña con Orión y la estrella Sirio. Ambos investigadores advertían de que las líneas tuvieron que ponerse en uso en una fecha muy antigua, ya que teniendo en cuenta los cambios que han experimentado las posiciones de las principales constelaciones en el cielo nocturno a lo largo de los siglos (debido al fenómeno conocido como precesión de los equinoccios) para que las líneas encajasen con sus estrellas correspondientes había que retroceder al primer milenio antes de Cristo, mucho antes de la formación de la cultura de Nazca.

Sin embargo esta teoría, que causó un importante impacto en la comunidad científica y llegó a ser ampliamente aceptada, ha contado con importantes detractores que han atacado despiadadamente sus bases. En 1967 la Smithsonian Institution y la National Geographic Society pusieron en marcha un ambicioso proyecto para verificar la validez científica esta teoría astronómica. Su ejecución fue encomendada al astrónomo norteamericano Gerald S. Hawkins, que años atrás había culminado un proyecto sobre las connotaciones astronómicas del monumento megalítico más famoso del mundo, Stonehenge (Reino Unido). Junto a su equipo se trasladó al desierto peruano y realizaron mediciones de 72 líneas y 21 figuras geométricas en un total de 186 direcciones distintas. Los resultados fueron analizados por ordenador con un programa que contemplaba los datos referentes a 45 cuerpos celestes visibles desde la latitud de Nazca entre el V milenio a.C. y el año 1900 d.C. El resultado fue demoledor: el ochenta por cien de las direcciones a que apuntaban los dibujos no coincidían con puntos en el horizonte relacionados con constelaciones. Hawkins concluyó que “las líneas no pueden ser explicadas por una función astronómica, como tampoco desempeñan papel alguno para el establecimiento de un calendario”. Por tanto había que dejar paso a otras interpretaciones, aunque la lectura estelar de las líneas de Nazca sigue siendo muy popular en nuestros días.

Algunos investigadores propusieron soluciones más imaginativas. El alemán Georg A. von Breunig lanzó la teoría de que las figuras geométricas de Nazca eran en realidad pistas para carreras pedestres, donde se entrenarían personas encargadas de importantes funciones en la sociedad precolombina. En esta formulación flotaba el recuerdo de los chasquis, los correos al servicio del monarca inca, cuya función política era primordial para el mantenimiento del imperio y que se desplazaban a larguísimas distancias por el imponente sistema de calzadas construido por el imperio prehispánico. Además, las manifestaciones deportivas tenían importantes connotaciones en otras civilizaciones precolombinas, como la maya (con su célebre juego de pelota), por lo que esta función podría haber estado en consonancia con el carácter sagrado que todos los estudiosos otorgan al desierto y sus líneas. Sin embargo, esta propuesta no tuvo eco y la

mayoría de los autores se volvieron a la interpretación religiosa que había avanzado Mejía. El explorador británico Tony Morrison propuso que las líneas y pistas serían lugares de reunión en los que las comunidades indias practicarían el culto a los antepasados, y que las figuras animales serían entonces emblemas familiares que representaban a un clan que se reunía para adorar a un antepasado común. El norteamericano John Reinhard no apuntó a un culto a los antepasados sino a la fertilidad. La cultura Nazca se basaba en la agricultura, y a lo largo de los valles cercanos desarrollaron un complejo sistema de canalizaciones de agua desde las montañas que permitieron su desarrollo. Según este investigador, las líneas no apuntarían a las estrellas, sino a las montañas. En el desierto sagrado se habrían construido pistas o plazas donde rendir culto a la fertilidad y el agua de las montañas orientales, y las líneas serían un trasunto de las canalizaciones que se habían efectuado en el valle. El antropólogo Anthony Aveni se sumó a esta teoría enfatizando el carácter ritual de las líneas y añadiendo que las figuras animales tendrían un carácter totémico. Las interpretaciones sobre el significado real de las líneas de Nazca no cesan de surgir y los debates entre los científicos en ocasiones no llegan al gran público, que ante las dudas de los expertos busca respuestas en otras voces que están dispuestas a avanzar propuestas más osadas y conformes a la inquietud de los tiempos.

SIGNIFICADOS DE MÁS ALLÁ DE LAS ESTRELLAS

Las líneas de Nazca han atraído a especialistas de ámbitos muy alejados de la ciencia, sobre todo a partir de los años sesenta. Coincidiendo con un nuevo auge de corrientes espiritualistas y esotéricas en Occidente, una serie de autores de repercusión internacional se volvieron hacia el que es uno de los misterios más desconcertantes de nuestro tiempo. En 1968 vio la luz uno de los libros más vendidos del siglo XX *Recuerdos del futuro*, del suizo Erich von Däniken, en el que proclamaba una de las teorías más cautivadoras del siglo: la evolución del ser humano era el producto de una mutación programada por visitantes extraterrestres de un pasado remoto que ocasionalmente regresaron con posterioridad para comprobar la fortuna de su experimento y dejar señales de su estancia en varias civilizaciones de la Antigüedad. Däniken extendió su teoría a lo largo de una serie de libros que le han reportado fama y fortuna a lo largo de los años, pero desde el comienzo la cultura de Nazca jugó una posición central en su argumentación, que afirmó así cuál era su visión de las misteriosas líneas del desierto: “Cerca de la pequeña ciudad actual de Nazca aterrizaron un día, en la llanura desértica, seres inteligentes extranjeros. Instalaron un aeródromo improvisado para sus ingenios espaciales que debían efectuar sus operaciones en la cercanía de la Tierra. En este terreno ideal construyeron dos pistas... Los cosmonautas cumplieron su misión –una vez más– y regresaron a su planeta de origen. Pero las tribus preincaicas que vieron cómo trabajaban estas criaturas extranjeras que les inspiraban un profundo temor, solamente tenían un deseo: ¡que esos dioses regresaran! Consecuentemente, se pusieron a trazar nuevas líneas en la llanura, como vieron hacer a los dioses. Pero los dioses no volvieron a presentarse...” Por tanto las figuras geométricas del desierto serían un gigantesco aeródromo espacial en el que hicieron su aterrizaje naves de otro planeta y las líneas y dibujos serían un mensaje de los indígenas a sus visitantes de más allá de las estrellas, un ruego para que volviesen.

Esta teoría ya había sido avanzada en 1960 en otro de los libros fundacionales del esoterismo moderno, *El retorno de los brujos*, de los franceses Louis Pauwels y

Jacques Bergier, que no dudaban en afirmar que “las fotografías que poseemos de la llanura de Nazca nos hacen pensar de modo insoslayable en el balizamiento de un campo de aterrizaje. Hijos del Sol llegados del cielo... No podemos negarnos a suponer las visitas de habitantes del exterior, de civilizaciones atómicas desaparecidas sin dejar rastro”. Cuando apenas habían pasado cuarenta años de su descubrimiento, las líneas del desierto peruano hacían su entrada por la puerta grande en el complejo mundo de los estudios de lo oculto para no abandonarlo jamás. Tal fue su impacto en el conocimiento general del asunto que la figura humanoide de treinta metros de altura grabada en la ladera de un monte, que constituye el testimonio más claro en las líneas de una representación humana, ha pasado a conocerse como El Astronauta.

Posibles rituales de una civilización casi desconocida, sofisticados calendarios astronómicos para la predicción de las estaciones y las cosechas, pistas de atletismo religioso de una época remota, santuario de cultos familiares o de la fertilidad... hasta gigantescos campos de aterrizaje espacial. Nazca sigue planteando interrogantes a todos aquellos que quieran acercarse al desierto y contemplar uno de los vestigios arqueológicos más importantes del planeta. Tras su redescubrimiento a finales de la década de 1920 la arqueología y la ciencia han aportado mucha información sobre quiénes trazaron esos dibujos, incluso sobre cuándo lo hicieron, pero el propósito de los mismos sigue siendo un acertijo para el que las respuestas parecen escaparse entre los dedos. Sólo el tiempo y los avances de la ciencia podrán desvelarnos algún día el significado real de este inquietante misterio de la América prehispánica.